

notario Ebbon, siendo mi voluntad, que si por defecto de alguna formalidad jurídica no se recibiese en derecho como testamento, se ejecute á lo menos como codicilo abintestato. Por tanto, á vos, santa iglesia de Mans, es decir, la catedral, y á vos, santa iglesia de San Pedro y San Pablo que yo he levantado, nombro por mis herederos despues de mi muerte. Sigue el portador de las mandas, con la observacion que las que corresponden á los parientes del santo obispo están consignadas sobre su patrimonio, habiendo obtenido un Real decreto para poder disponer de sus bienes. Al final y despues de las imprecaciones contra los que se opusiesen á su testamento, concluye confirmandole contra toda disputa, de este modo: «si se hallasen algunas enmiendas ó adiciones en este acto, tengan por cierto que yo las he puesto, y he cuidado de hacer firmar, como manda la ley, por siete personas de honor que han puesto su sello. Ruego al arcediano, que al punto que se abra le mandé insertar en los registros públicos.»

La mayor parte de estos dignos preladados concurrió al Concilio celebrado en Paris en el año 614, al que asistieron setenta y nueve obispos de todas las provincias del imperio francés nuevamente reunidas al ceiro de Clotario (1); por consiguiente, este fué sin disputa un Concilio nacional y el mas numeroso que jamas hubo en las Galias. En los quince cánones que tenemos de aquel Concilio, aunque no fueron solos como se infiere de la orden del rey relativa á la ejecucion de algunas disposiciones ulteriores, se trata principalmente de la eleccion de los obispos; y en ella se observa ya la gran preponderancia que ya entonces se atribuia el poder político. Dirigense á moderarla los primeros cánones de este

(1) Tom. 5 Conciliar. pag. 1649.

Concilio, mandando que sea ordenado gratuitamente sucesor del obispo que hubiese muerto aquel á quien el metropolitano y sus comprovinciales, el clero y el pueblo de la ciudad eligiesen para ello; que ningún clérigo acuda al príncipe ó á otra persona poderosa en desprecio de su obispo; que tampoco el obispo pueda nombrarse sucesor ni ser subrogado por otro mientras exista, á no ser en caso de inhabilidad, ya sea por deposición canónica ó ya por enfermedad incurable. El canon cuarto prohíbe á todo juez castigar ó condenar á un clérigo sin el consentimiento de su obispo. Ordena el décimo, que todas las donaciones hechas á la Iglesia por los obispos y los clérigos, tengan su debido efecto, aun cuando no se hayan observado exactamente todas las formalidades de la ley.

Existe otro reglamento muy mal explicado hasta el dia, relativo á los muchos judíos que huyendo de España se refugiaron en Francia, con motivo de la orden espedita por el rey Sisebutó que obligaba á los de todos sus dominios á que abrazasen el cristianismo. Parece á primera vista que el Concilio procede contra muchos de ellos del mismo modo; pero examinando el decreto con atencion, se nota que se limita á prohibir á los judíos el egercicio de cualquiera empleo ó funcion pública sobre los cristianos, á no ser que antes reciban el bautismo juntamente con toda su familia; en la inteligencia, de que para recibir este Sacramento hayan de asistirles las disposiciones convenientes.

A pesar de haber intentado el Concilio de Paris poner freno á los recursos muy frecuentes á la potestad secular, y conceder de este modo mas libertad á la jurisdiccion eclesiástica, no dejó el rey Clotario de publicar un edicto autorizando el cumplimiento de los decretos, aunque con algunas modificaciones. Manda, en cuanto á la elec-

cion de los preladados, que el sugeto elegido por los obispos, por el clero y por el pueblo, será ordenado con aprobacion del príncipe, es decir, que la aprobacion del príncipe precederá á la institucion; y que si fuese dependiente de palacio ó presentado por el príncipe, no será instituido necesariamente por sola esta consideracion; sino por su mérito maduramente averiguado y reconocido. Clotario tuvo tambien la atencion de no añadir estas reservas sino de comun acuerdo de las dos potestades, pues se dice formalmente en el edicto que se hizo en el Concilio por consejo de los obispos y los grandes. En efecto, principiaban los concilios á reunir ministros de una y otra jurisdiccion, interpolando en sus sesiones los negocios temporales con los eclesiásticos, segun observamos en muchos artículos de este mismo edicto.

Consagróse el rey Clotario á introducir el buen orden en sus Estados, y sobre todo á restablecer las instituciones monásticas, á cuyos auto-es habian perseguido los reyes sus predecesores y rivales. Profesó particular benevolencia al monasterio de Luxeu, y le concedió grandes rentas, pudiendo solo la moderacion de San Eustasio, sucesor de San Columbano, poner limites á sus beneficios. La admirable prudencia de este segundo abad y los beneficios de la proteccion Real repararon al punto todos los perjuicios exteriores que habia sufrido; pero el mal que dimanaba del interior tiene consecuencias mucho mas funestas.

Entre la multitud de fervorosos discipulos que hacian honor al santo abad de Luxeu, habia uno llamado Agrestino, cuyos principios prometian un éxito muy distinto del que tuvo. Fué secretario del rey Tierri, y renunció este empleo distinguido y sus grandes riquezas para negarse á sí mismo y entregarse todo á la perfeccion regular

bajo la direccion de San Eustasio (1). Era no obstante inquieto y voluble de genio; confundia los arranques del temperamento con los frutos de la virtud, y ni aun sabia suplir con la obediencia las faltas de su ligereza. Trabajaba felizmente su abad en la conversion de los paganos, que aun habian quedado cerca del monasterio en el pais de los secuanos, llamado en el dia Franco-Condado, estendiendo con frecuencia su predicacion hasta la Nórica ó Baviera. Al punto que profesó Agrestino, se creyó ya capaz de estas funciones sublimes, y pidió permiso para dedicarse á ellas en compañía del sabio y harto indulgente Eustasio; quien, aunque al principio reprendió una precipitacion tan temeraria, al fin condescendió con sus importunidades. Negó el cielo su bendiccion á una mision tan poco evangélica; y dejos de coger algun fruto aquel jóven misionero en las comarcas que recorrió, cayó en el cisma de los tres capítulos que de la Istria habia llegado hasta Baviera; cuando volvió á Luxeu, volvió enteramente cismático é intentó neciamente seducir al mismo San Eustasio, que se vió en la necesidad de espulsar á este celador discolor é incorregible.

Irritóse Agrestino, y convirtió su indignacion contra la misma regla de Luxeu trabajando en desacreditarla con mil imputaciones no menos falsas que injuriosas; y como tenia muchos personajes á su favor, particularmente al obispo de Ginebra llamado Abellen, encontró medio de tornar favorable á sus deseos al mismo rey Clotario. Celebróse en su consecuencia en el año 624 un Concilio en Macon, en el que el rey se proponia únicamente convencer á Agrestino y recomendar el instituto de San Columbano, que este príncipe respetaba mu-

(1) Act. Bened. Vit. S. Eusthas. lib. 2, núm. 6.

cho. El monje inquieto solamente opuso puerilidades, las que rebatió sin trabajo San Eustasio. Dirigió sus tiros principalmente contra algunos usos particulares de los monjes irlandeses, tales como, por ejemplo, era la forma de su tonsura, que figuraba en el pelo un semicírculo abierto por la parte anterior de la cabeza.

Oída esta queja, nacida de un celo falso é incapaz de engañar al mismo que la formaba, exclamó Eustasio con tono profético: «infeliz, ya que contra el dictámen de tu conciencia censuras la conducta de un Santo, te cito al tribunal de Dios para que en este mismo año ventiles con él esta causa.» Temblaron todos los de la asamblea, y el mismo Agrestino quedó aterrado dando muestras de arrepentimiento, pero no caminaba con rectitud delante del Señor. Tornó al instante á turbar la paz en todo el monasterio; y sedujo por algun tiempo á San Amato y tambien á San Romarico. Buscó á Santa Fara con ánimo de sorprenderla tambien; pero la Santa le rechazó con una firmeza y habilidad superiores á lo que debía esperarse de su sexo, y le remitió lleno de confusion á Remiremont. Muy luego la espada de la divina venganza descargó sus golpes sobre las cabezas de aquellos que habian protegido al rebelde. Unos lobos rabiosos que entraron de noche en el monasterio despedazaron á dos de ellos, y otro se ahorcó con sus propias manos; mató á otros veinte un rayo que cayó en la casa; y otros muchos espiraron de terror llegando al número de cincuenta personas. El perturbador licencioso que á sus graves crímenes unia el de la deshonestidad, abusó de la muger de su criado, y fué muerto de un hachazo que le dió el marido furioso, un mes antes de finar el año en que San Eustasio le habia emplazado al tribunal divino: Su santo abad le siguió muy luego.

Para sucederle nombraron á su disci-

pulo San Valdeberto, que gobernó el monasterio de Luxeu con admirable edificacion por espacio de cuarenta años. Salieron de las escuelas de San Columbano otros santos abades, y aun fundadores de nuevos monasterios, y muchos ilustres obispos. San Valerio, natural de Auvernia, obtuvo del rey Clotario la posesion de Leucona en el territorio de Amiens, donde puso los cimientos de un pequeño monasterio en el que murió. Observamos que rezaba dos oficios, el galicano y el de San Columbano.

Levantóse algun tiempo despues de su muerte una cruel persecucion contra sus discípulos, motivo por el cual se vieron obligados á abandonar esta fundacion. San Blimundo, que era uno de ellos, se retiró hasta Bobio para vivir bajo la obediencia de San Attalo, y de allí con el tiempo regresó á Francia, se restableció en Leucona bajo la proteccion de Clotario y abolió todos los restos del paganismo que se presume haber ocasionado la persecucion. Restableció por fin el monasterio que ha subsistido hasta nuestros dias con el nombre de San Valerio. Los obispos que salieron de Luxeu en estos primeros tiempos son: San Chanoaldo de Laon, San Achario de Noyon y de Tournai, San Omer de Teruana y de Bolonia, San Ragnacario de Augt y de Basilea, San Donato de Besanzon, hijo del duque de Borgoña Transjurana y sacado de pila por San Columbano, á cuyas oraciones debió su nacimiento (1). Estableció en su ciudad episcopal el monasterio de San Pablo segun las reglas de San Benito y de San Columbano. Su madre Flavia fundó tambien otro de monjas, para las cuales el santo obispo escribió una regla sacada de San Cesario y de las instituciones de San Columbano y de San Benito.

El Concilio de Reims, celebrado en el

(1) Vit. S. Eust. n. 5.

año 625 (1), nos da á conocer otro gran número de santos prelados, á saber: San Sandulfo ó Sindulfo de Viena, San Sulpicio de Bourges, por sobrenombre el Piadoso, y diferente de San Severo Sulpicio tambien arzobispo de Bourges, y en fin San Cuniberto de Colonia, que son los mas célebres. Antes de elevar á Sulpicio á la dignidad de obispo, pretendió nombrarle el rey Clotario para ejercer el ministerio de abad de sus ejércitos, lo que nos suministra una idea de las costumbres de aquel tiempo y del modo de pensar aun de los grandes con respecto á los religiosos que llevaban los reyes en su compañía para celebrar el oficio divino. Este Concilio encarga principalmente la observancia de los cánones establecidos en el de Paris, que se celebró cerca de diez años antes y que de nuevo se nombra general, esto es, nacional. Tambien prohíbe sacar de las iglesias á los que se hubiesen refugiado á ellas, á menos que no se ofrezca con juramento librarlos de la muerte, de la mutilacion y de la tortura; pero al mismo tiempo prescribe que no se ponga en libertad al refugiado sin que antes ofrezca cumplir la penitencia canónica señalada para su delito. Si fuese reo de homicidio voluntario, quedará excomulgado toda su vida, y despues de cumplida la penitencia no recibirá el viático como no sea en peligro de muerte. Tambien prescribe que no sea instituido obispo el que no fuere natural del pais para donde se destina; regla que se cumplia ya con tanto rigor, que algunos años antes no encontró San Galo razon mas eficaz que su circunstancia de extranjero para eximirse del obispado de Constanza.

Fundó San Riquier por aquel mismo tiempo el célebre monasterio de Centullo, que llevaba el nombre de su fundador. Nació en este lugar del Pontieu, de

(1) Tom. 5 Concilior. pag. 422.

una familia respetable por su nobleza y opulencia, y debió su vocacion á dos santos sacerdotes de Irlanda, llamados Caidoc y Fricor, que hospedó en su casa cuando llegaron á Francia. Fué tan austero y áspero su método de vida, que teniendo el pan de cebada por manjar muy delicado le ponía ceniza, y solo comia de él dos veces en la semana. Recibió el sacerdocio, ejerció la vida apostólica á pesar de sus austeridades y su celo infatigable le llevó y con mucho fruto hasta la Gran Bretaña.

En tanto que la Religion se cubria así de gloria entre los bárbaros del Occidente, los persas la causaban en Oriente mortales angustias (1). Despues de haberse apoderado de las ciudades de Apamea, Edesa, Cesarea, Jerusalem y Damasco, avanzaron capitaneados por su general Saen hasta Calcedonia, separada únicamente por un estrecho brazo de mar del continente de Europa y de Constantinopla, desde cuya ciudad se divisaba todo su ejército. El emperador Heraclio fué en persona á avistarse con Saen, y á fuerza de regalos y lisonjas pudo reducirle á que se retirasen. Pensó lograr lo mismo de su rey por unos medios de igual naturaleza y le mandó embajadores. Mas como se aumentaba el orgullo de Cosroas á proporcion que decaia la magestad romana, les respondió, que no suspenderia los efectos de su indignacion hasta tanto que los romanos adorasen al sol en lugar del Crucificado. El celo de la Religion reanimó el valor del emperador: era tiempo de Pascua, y la celebró con una piedad tierna, partiendo el dia siguiente á la frontera de Persia.

Luego que llegó al ejército reunió todas las legiones, y teniendo en sus manos una imagen de Jesucristo que miraban los soldados como á su mas segura defensa, y que

(1) Theoph. gra. 6, etc.; Patch. Chron. pag. 286.

juzgaban no haber sido pintada por manos de hombres, les juró solemnemente que pelearia con ellos hasta la muerte, y que permanecería siempre á su lado como un amoroso padre en medio de sus hijos. «Ya veis añadió, cómo nuestros soberbios enemigos se ostentaban todavía mas enemigos de Dios. No contentos con haber convertido en desiertos nuestras bellas provincias y reducido á escombros nuestras mejores ciudades, no cesan de poner fuego á nuestros santuarios, de ensangrentar los altares destinados al sacrificio de la víctima incruenta, y de profanar con monstruosas impurezas los lugares mas santos. Soldados del Dios tres veces Santo y único Omnipotente, no miremos en nosotros mas que la nobleza de nuestra vocacion, y despreciemos unos peligros que alejará el Señor ó los convertirá en ventaja nuestra.» Justificaron los efectos la viva impresion que este discurso causó en el corazón de las tropas. Desde esta primera campaña volvieron los romanos á recobrar su ascendiente, y derrotaron completamente á los persas en Armenia.

No fueron mas que una serie de triunfos las tres campañas siguientes. Penetró Heraclio hasta el centro de la Persia, tomó la ciudad de Gasac, hoy Tauris, tenida por santa entre los infieles, y donde tenían su famoso templo del fuego; mas el impío Cosroas se habia erigido allí en deidad principal. Veíase en el palacio su estatua colocada sobre una cúpula que representaba el cielo, y alrededor el sol, la luna y las estrellas, y muchos grupos de ángeles ó genios que le presentaban cetros en ademan de homenaje. Unas máquinas hábilmente preparadas hacian caer la lluvia y vibrar el rayo. Condenó el emperador á las llamas todos estos monumentos de la idolatría, ó mas bien del ateísmo. En seguida purificó su ejército por espacio de tres dias, y abrió á la ventura el libro de los Evangelios para

consultar al cielo sobre la ruta que debía emprender; de lo que inferimos que la supersticion llamada la suerte de los santos estaba en práctica entre muchos cristianos de Oriente así como de Occidente. No tardó Heraclio en conocer cuán odiosa era la tiranía de Cosroas á sus propios súbditos. Resonaron mil aclamaciones de alegría y mil bendiciones por todas partes en honor del príncipe cristiano, con motivo de haber concedido este la libertad á cincuenta mil cautivos persas que llevaba consigo y haberles dado todos los auxilios necesarios con una caridad no conocida en aquel pueblo idólatra. Pidiéronle con lágrimas que fuese el libertador de la Persia, y mandó quitar la vida á Cosroas, á quien llamaban enemigo del género humano.

No estaba muy lejana esta catástrofe; pero debía acontecer de un modo mas funesto de lo que creían. Antes de perder la vida aquel déspota soberbio sufrió todas las humillaciones que para él eran mas dolorosas y sensibles (1). En una batalla que duró once horas, y en que solo perdieron la vida sesenta romanos, fueron derrotados los persas y enteramente destruidos. Su mejor general llamado Sarbazara trató abiertamente con los romanos, cuyas miras no eran otras que la paz, y se declaró sin rebozo contra su soberano. Entonces Cosroas habiendo caido enfermo, quiso fuese coronado su hijo Medarses, habido en la más querida de todas sus mugeres. Sublevóse Siroes su primogénito: logró subir al trono é hizo la paz con Heraclio. Cosroas fué arrestado, cargado de cadenas y encerrado en una torre llamada la casa de las tinieblas, que él mismo habia construido para guardar sus tesoros; y allí el rey su hijo, queriendo castigar lo que solo debería haber detestado, mandó que se le diese un poco de pan

(1) Theoph. p. 170.

y agua á fin de que el tormento del hambre fuese mas largo y mas sensible. «Que se alimente, decia, con el oro que tanto se ha esmerado en acumular, dejando perecer de hambre á tantos inocentes.» Envió á los sátrapas sus antiguos ministros, y particularmente á los que tenían mas motivos de aborrecerle, para que le insultasen del modo mas ignominioso, hasta escupirle en el rostro. Mandó degollar en su presencia al príncipe Medarses, destinado para sucederle, y á todos los demas hijos suyos. Con esta barbarie trataron á Cosroas por espacio de cinco dias consecutivos, durante los cuales le dispararon de cuando en cuando algunas flechas para hacerle sufrir á un mismo tiempo todo género de tormentos. Así acabó la vida el desventurado Cosroas, cuya crueldad hizo muchos mártires. Entre otros sacrificó á su impio furor un grupo de setenta cristianos cautivos, junto con San Anastasio, persa de nacion y de profesion mago, que habiéndose retirado al territorio del imperio fué hecho prisionero en la irrupcion que hicieron los persas en Palestina. Despojó á todas las iglesias cristianas de sus estados, y á fin de causar al emperador todo el despecho imaginable, obligó con malicia infernal á todos los cristianos que pudo en el Oriente á que abrazasen la secta de Nestorio, perpetuada desde entonces hasta nuestros dias en aquellas regiones, y por una contradiccion digna de un déspota que se arrogaba el derecho de mandar á las conciencias, habia violentado poco antes á los habitantes de Edesa para que se hiciesen jacobitas, es decir, eutiquianos, heregia enteramente opuesta.

Siroes, despues de la muerte de su padre, acaecida en el año 628, hizo una paz sólida con Heraclio, entregándole todos los cristianos cautivos en Persia, en particular Zacarias, patriarca de Jesusalen, junto con la verdadera cruz que el general Sar-

bazara se habia llevado de allí catorce años antes. Durante todo este tiempo habia permanecido en su estuche segun se habia llevado, esto es, en muchas piezas, pues los autores contemporáneos hablando de ella dicen siempre en plural, los leños de la cruz (1). El patriarca, asistido del clero, reconoció los sellos, abrió la caja con la llave ordinaria, la adoró é hizo que la adorasen públicamente, y luego la colocó con el respeto debido en el lugar acostumbrado. Los latinos celebran la memoria de este triunfo de la cruz en el dia 14 de setiembre; pero los griegos solo hacen mencion de la aparicion hecha á Constantino, aunque unos y otros dan á esta fiesta el nombre de Exaltacion de la Cruz. Por lo demas, no hay la menor duda en que esta fiesta se celebraba con el mismo nombre y en el mismo dia mucho tiempo antes de Heraclio.

Hasta aquí el emperador se habia conducido de un modo capaz de consolar á la Iglesia, tanto que aun habiéndose visto precisado á convertir en moneda la plata destinada al culto divino para poderla defender de los bárbaros, señaló y continuó suministrando religiosamente al clero de Constantinopla una renta anual en pago de las sumas que habia tomado para los gastos de la guerra. Pero en lo sucesivo no supo preservarse del escollo fatal para todos los príncipes que han querido erigirse en árbitros soberanos de la Religion lo mismo que del Estado. So capa de querer arreglar ó esplicar la fé, vino á ser protector de la heregia de los monotelitas, una de las mas funestas á la Iglesia.

Teodoro, obispo de Faran en Arabia, pasa por ser el primero que resucitó estos antiguos errores (2); pero Sergio, patriarca de Constantinopla, nacido en Siria de pa-

(1) S. Niceph. lib. 1 hist. cap. 13.

(2) Theoph. pag. 274.